ONOMAZEIN 7 (2002): 161-181

RODOLFO LENZ*

Ambrosio Rabanales
Universidad de Chile

Resumen

En este trabajo el autor se propone dar una visión de conjunto de la polifacética personalidad del Dr. Rodolfo Lenz: el hombre, el fonetista, el araucanista, el lexicógrafo, el gramático, el ortógrafo, el metodólogo, el científico compulsivo. Aspectos todos que contribuyeron a renovar profundamente en Chile el estudio de las ciencias del lenguaje, la metodología de la enseñanza de las lenguas extranjeras y la fundación del folclor como ciencia, por todo lo cual el Gobierno le confirió nuestra nacionalidad.

Abstract

(In this article the author intends to offer an overall profile of Dr. Rodolfo Lenz' versatile personality, portraying him as the man, the phonetician, the expert scholar in Araucanian, the orthographer, the methodologist, the compulsive scientist. All these personality traits contributed to renovate in Chile the interest in language, in foreign language methodology and the institutionalization of folklore as a science, which earned him the Chilean nationality.)

1. EL HOMBRE

Siete de septiembre de 1938. Una trágica noticia conmovió a los miembros de la Universidad de Chile, y muy especialmente a los de su Facultad de Filosofía y Educación, como asimismo a todos los lingüistas y filólogos del país y del extranjero: había fallecido el sabio maestro alemán de fama internacional radicado por casi cinco decenios en Chile, Rodolfo Lenz, tres días antes de cumplir los 75

* Versión corregida y con algunos agregados de la ponencia "Rodolfo Lenz, filólogo y pedagogo", publicada en *Actas del IV Congreso Internacional de El español de América. 7 al 11 de diciembre de 1992*. Instituto de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile. Tomo I: 119-134.

años de edad. Como alumno, entonces, del tercer año de la carrera de castellano, me correspondió el triste honor de despedirlo en los funerales, en representación de los estudiantes. Así, lo vi por primera y última vez en su féretro la noche de ese siete de septiembre en un gran salón del Instituto Pedagógico, y le dije adiós para siempre al día siguiente en el Cementerio General. Pero, para nuestro consuelo, nos dejaba su magna obra en favor de la educación chilena y sus numerosas y trascendentales publicaciones científicas para manifestarle permanentemente nuestra gratitud y conservar de él un recuerdo imperecedero.

La vida de Rudolf Heinrich Robert Lenz Danziger, desde el mismo día de su nacimiento (10 de septiembre de 1863) en la ciudad sajona de Halle, transcurrió llena de dificultades; la madre Naturaleza más bien lo trató como una madrastra: nació con una luxación de la cadera, la que lo dejó con una pierna más corta, que lo obligó a cojear durante toda su existencia. También con asma, presumiblemente hereditaria. Luego adquirió una bronquitis cuando niño que se le hizo crónica, patinando sobre el agua congelada del Rin, hasta que al final de su vida una pulmonía terminara con ella. Incluso es posible que haya padecido de una dislexia leve, lo que, si bien lo marcó como un lector lento, sin dejar de ser nunca un gran lector, no le impidió llegar a tener una letra, si bien pequeña, firme, sencilla, muy clara y hasta caligráfica, con la que a través del tiempo fue llenando una serie de pequeñas libretas a manera de un libro de vida y cuanto papel tenía a mano para anotar todos aquellos datos lingüísticos y folclóricos que día a día excitaban su curiosidad.

Todo se confabuló para que siempre fuera un hombre delgado y de baja estatura; pero, como recuerda un ex alumno, su amplia frente, su faz serena, sus anteojos, sus abundantes bigotes y su venerable patilla blanco-dorada, denotaban la personalidad del hombre digno de llamarse sabio. En efecto, la misma naturaleza, en justa compensación, lo dotó de un cerebro privilegiado y de un oído excepcional, el que le permitió aprender a tocar violín sólo "de oído". Y todo porque una de sus hijas estudiaba piano y violín con profesor, estimulada por su madre (mezcla de lituana e italiana), que combinaba sus dotes pianísticas con las literarias. También podía imitar con gran perfección diversos tipos de voces humanas, aprender diversas lenguas y reproducir con exactitud incluso variedades dialectales. Su compulsiva afición en este sentido hizo que llegara a dominar, como nos cuenta, además del alemán, el inglés, el francés, el italiano –que empezó a estudiar a los trece años "por diversión, debido a su mucha semejanza con el latín"–, el español y hasta el mapuche, y, por cierto,

las lenguas clásicas: latín y griego. Otras las estudió con menos profundidad, como el sánscrito, el hebreo, el árabe, el ruso y el sueco, de las cuales, por no haber perseverado en ellas, a los pocos años no le quedaron más que un vago recuerdo de su estructura y unas pocas palabras aisladas. De las lenguas neolatinas, sólo lamentaba no haber tenido la oportunidad de estudiar el rumano y el catalán.

Pero su buen oído, además de su rica sensibilidad, lo llevaron también a componer melodiosos poemas, que su nieta Helga utilizaba como textos de sus *Lieder* cuando estudiaba canto.

Y en cuanto a su personalidad, W. Foerster, en carta enviada al ministro de Chile en Berlín con motivo de la contratación de Lenz como profesor, le decía que los méritos intelectuales de su ex alumno "van unidos […] a un carácter íntegro, una escrupulosidad ejemplar en el cumplimiento de sus deberes, costumbres severas, y una seriedad y madurez precoces". Para otros, era un hombre amable, alegre, bondadoso y, como un auténtico sabio, modesto y sencillo; de gran agilidad mental, independencia de criterio, franqueza y sencilla simpatía. Julio Saavedra Molina, ex discípulo de Lenz, a propósito de una polémica que sostuvo con el maestro sobre la metodología de la enseñanza de idiomas extranjeros, en carta del 12.10.1918, le manifiesta "[su] admiración por su templanza para contradecir opiniones adversas a lo que para [él] es caro, i por su bondad para no herir a su tan humilde como supuesto adversario". Y casi al final le dice: "Su carta es prenda de […] buen espíritu, i la excelente disposición a la reforma que deja traslucir es tanto más digna de alabanza cuanto que Ud. es el autor del programa que ha servido de modelo para todos los vigentes i que, por lo común, a su edad [55 años], ni siquiera los hombres mejor dotados conservan la flexibilidad de espíritu, la juventud perceptiva que Ud. muestra guardar". Y para Helga, era un abuelito muy paciente y cariñoso y siempre muy atento a la manera en que ella y sus dos hermanas iban adquiriendo sus dos lenguas. De su entereza de carácter, es buena prueba el hecho de que un día, cuando oyó el apodo que le tenían sus alumnos, comenzó su clase muy tranquilamente y sin acomplejarse diciendo: "El Cojo Lenz hablará hoy sobre…".

Hijo –junto con un hermano y una hermana– de un inspector de Correos, hizo sus estudios primarios en Bremen, los secundarios en Breslau y Colonia, y finalmente en Metz, en la Lorena, y los universitarios en Bonn y Berlín. En 1866 obtuvo –de nuevo en Bonn– su doctorado en filosofía con mención en filología románica con una tesis sobre fisiología e historia de las palatales (*Zur Physiologie*

und Geschichte der Palatalen), publicada al año siguiente en una importante revista de lingüística comparada, y aplaudida por la crítica más exigente de la época. Su oído le había marcado el destino de llegar a ser, entre otras cosas, uno de los mejores fonetistas de su tiempo.

Conseguido su doctorado, con la más alta calificación (*summa cum laude*), empezó a enseñar en el *Gymnasium* de Federico Guillermo en Colonia, y un año después fue nombrado profesor de idiomas en Wolfenbüttel, cargo que debió dejar para venir a Chile, adonde llegó en enero de 1890, cuando solo tenía 27 años. Pudo encontrarse así, a solo tres meses de su arribo, en la apertura del primer curso oficial de primer año del recién fundado Instituto Pedagógico. Creo que jamás pensó entonces que se iba a quedar con nosotros 48 años más, hasta el término de su existencia. Así pues, si bien nació y se formó en Alemania, fue Chile –privilegio nuestro– quien principalmente se benefició con su preparación y su genio.

El Dr. Lenz fue el último de siete profesores alemanes contratados para ocupar diversas cátedras en el Instituto. Como el decreto de su fundación es del 29 de abril de 1889 y el contrato del Dr. Lenz se firmó el 4 de noviembre del mismo año (a solo tres de haberse doctorado), la distancia supera apenas los seis meses. De los siete maestros, fue el único a quien no se le exigió el estudio del español para hacer clases, porque ya lo conocía suficientemente.

Venía como profesor de francés, inglés e italiano; pero si bien en la enseñanza de las dos primeras lenguas (pues la cátedra de italiano no se concretó) hizo aportes metodológicos trascendentales, introduciendo e impulsando el método directo y el apoyo de la transcripción fonética, y publicando manuales para orientar su docencia, con la colaboración de A. Diez para el francés y de J. Brosseau para el inglés, los hispanistas tuvimos la suerte de que al poco tiempo se interesara por la docencia de la gramática sincrónica española (llamada entonces "sistemática"). Esta cátedra la desempeñó gratuitamente de 1895 a 1903, año en que se hizo cargo oficial y excluyentemente de ella, no sin la protesta de muchos de sus colegas chilenos que veían como un escándalo que un "gringo" nos viniera a enseñar castellano, sin comprender que no es lo mismo impartir el conocimiento de la teoría de una lengua y de la metodología de su enseñanza –misión de Lenz–, para lo cual se requiere una sólida formación lingüística y pedagógica, inexistente entonces en los profesores chilenos, que el ocuparse de la práctica de tal lengua. Solo 16 años más tarde, por la muerte de Hanssen (1919), debió agregar la cátedra de gramática diacrónica española (llamada entonces "histórí-

ca"), hasta su jubilación (1925), después de más de 35 años de servicios distinguidos al país, lo que motivó que el gobierno le confiriera, por gracia, nuestra nacionalidad.

En una muy apretada síntesis, podría decir que era un auténtico hombre de ciencia y un pedagogo, por formación y vocación. Y más sintéticamente aún, un sabio humanista.

Como científico, él mismo escribió que sus estudios predilectos eran la filología románica y la lingüística en general, como ciencias genuinamente alemanas, hijas del positivismo, comparativismo e historicismo.

Para entender lo que se quiere decir cuando se afirma que Lenz era filólogo, hay que recordar que F. A. Wolf, el primero que modernamente usó esta palabra para calificar con ella a un nuevo profesional, en su enciclopedia filológica, de fines del siglo XVIII, hace a la filología abarcar 24 disciplinas diferentes, a la cabeza de las cuales figuraban como "instrumentales" las relativas al conocimiento de las lenguas, para desembocar finalmente en el conocimiento integral del hombre.

2. EL FONETISTA

Es así como desde el momento mismo en que llegó a Chile, junto con su docencia del inglés y del francés, e impresionado por nuestra manera de hablar, en un español muy diferente del que él había conocido durante sus estudios universitarios, de acuerdo con los preceptos académicos, se dedicó a investigarlo, primero como fonetista, y luego como dialectólogo (hoy diríamos tal vez "sociolingüista"), etimólogo, etnólogo (o mejor, "etnolingüista") y folclorólogo.

"Como el lenguaje –nos enseña el sabio maestro– es diferente según la clase social que lo emplea, cuanto más baja es ésta, cuanto más desprovista de toda instrucción escolar y de relaciones con gente culta, tanto más natural y puro será [su] dialecto" y tanto más importante, pues "da los materiales más interesantes para comprender la evolución histórica del lenguaje humano". Ideas sustentadas de acuerdo con la más ortodoxa dialectología. De aquí su interés por el "dialecto vulgar chileno", en cuyo estudio "debemos considerar solo lo que los instruidos excluyen de su lenguaje literario por bajo y no castizo". "Si, en último término, Chile debe lo que es a su pueblo bajo, a esa raza de sangre mezclada, española y araucana, no parecerá ya un asunto de poca importancia el indagar las especialidades del lenguaje

huaso chileno", donde "hasta los gestos con que acompaña sus palabras son importantes". Aún más, es una obligación –ha dicho– de verdadero patriotismo. No en vano "el estudio de la pronunciación chilena atrae […] –en su autorizada opinión– el interés general de todos aquellos que, aun sin ser romanistas, ven en la investigación fisiológica detallada de cualquier dialecto moderno una contribución al conocimiento y reconocimiento de la historia lingüística general". Nada de esto entendió, por supuesto, entre otros, Ernesto Quezada, un literato y jurisconsulto argentino –ignorante obviamente de la lingüística–, quien lo acusó de estimular el desarrollo de la disgregación del español en América y el establecimiento de una lengua nacional, como el francés Abeille lo había hecho en la Argentina. A propósito de esto, le escribe Lenz a R.J. Cuervo (21.06.1903): "En materia de lingüística es imposible convencer a un literato porque estos no admitirán nunca que no comprenden más de lingüística que el arquitecto de jeolojía, aunque el literato use palabras i el arquitecto piedras".

En aquella época, Lenz tenía que justificarse, pues "el ambiente intelectual de Chile [y, en general, de Hispanoamérica], saturado de intereses gramaticales [prescriptivos], no era […] favorable al estudio de las hablas rurales y plebeyas". Por esto es que sus *Estudios chilenos*, la primera descripción fonética rigurosamente científica –y hasta lujosa– de un dialecto hispánico, según Amado Alonso, decidió publicarlos en alemán (*Chilenische Studien*, 1891 y 1892), en la prestigiosa revista especializada de Marburgo *Phonetische Studien*, a cargo del famoso fonetista Guillermo Viëtor. De este modo evitó entonces –en sus propias palabras– que "los profesores chilenos de gramática castellana y retórica se rieran del gringo leso que trataba como cosa de interés científico los 'vicios de lenguaje' de la gente inculta". Hubo que esperar casi 50 años, cuando ya la situación, felizmente, era muy otra, para que aparecieran en español en el tomo VI de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana (Buenos Aires, 1940), dedicado al español de Chile, bajo la dirección de Amado Alonso y Raimundo Lida.

Gran repercusión tuvo esta obra en el extranjero. El mismo Alonso dijo (en 1940) que "aunque tenemos estudios magistrales sobre diversos dialectos españoles peninsulares y extrapeninsulares, ninguno ha llegado después a la altura de los de Lenz en la descripción fonética".

El único punto vulnerable de estos estudios es más bien teórico: el joven Lenz, que nunca había estado en España antes de llegar a Chile y que "no tenía noticias ni de las hablas vulgares y dialectales

de las distintas regiones españolas, ni siquiera de la fonética del español general", llegó a afirmar muy seriamente que nuestro español hablado por las clases bajas "es principalmente español con sonidos araucanos" (*Beiträge zur Kenntnis des Americanospanisch*, 1893), lo que Alonso se encargó después de desvirtuar: "No hay que descartar –afirma– la probabilidad de que el araucano [o mapuche o mapudungu], ya como sustrato, ya como adstrato, haya dejado alguna huella en el chileno, sobre todo en las melodías y en los juegos rítmicos; pero en el sistema fonético, conjunto de articulaciones sistemáticamente relacionadas como un juego de valores, no ha impuesto influencia alguna". Pero deja constancia, eso sí, de que "ninguna de [sus] enmiendas disminuye el extraordinario valor de los trabajos de Lenz en el terreno de la fonética descriptiva". Aun más, el mismo autor comenta que hace tanto tiempo que la gente [en Hispanoamérica] parece no saberlo de puro olvidarlo: el Doctor Rodolfo Lenz ha sido, por los años ochenta del siglo pasado, uno de los pocos hombres que convirtieron la observación de la pronunciación en una ciencia". "En el campo de la técnica, la fonética [le] debe progresos duraderos de primer orden: él fue el primer fonético que, por un procedimiento de su invención [el paladar artificial], pudo observar el mecanismo de las articulaciones con garantía científica y fijar sus principales fases sobre el papel (palatogramas). Y su división del paladar en regiones de articulación, como determinantes de sendos 'tipos' articulatorios, ha quedado consolidada como verdadera. Aún hay una tercera aportación técnica de Lenz, quizás la más valiosa, que establece una distinción, elevada a principio, entre las articulaciones apicales y dorsales", de valor fonemático. A estas hay que agregar todavía otras dos indicadas por el mismo Alonso: el descubrimiento de la anaptixis o esbarabacti, en articulaciones como *corónica* por *crónica* y *chacarita* por *chacrita*, y el rehilamiento (*Schleimhautvibration*) en sonidos como la /y/ de Buenos Aires, o en algunos hablantes la /r/ del grupo /tr/ en Chile, pronunciada como en inglés. Por el contrario, tal fue su fama en el Viejo Mundo que, cuando en 1923 nos visitó otro gran hispanista, Américo Castro, poco proclive a las alabanzas, declaró públicamente que "el Dr. Lenz es una de las personalidades más notables en el dominio de la filología románica; el Dr. Lenz es el primer investigador que hace la aplicación de la fonética a problemas estrictamente filológicos; el Dr. Lenz es el primero que explica en forma científica la evolución de los sonidos palatales; el Dr. Lenz es quien explica por vez primera, valiéndose de métodos especialísimos, cómo una lengua primitiva, una lengua indígena, influye en la estructura del lenguaje posterior".

Y a su vez, cuando el ilustre romanista G. Groeber, director de la *Revista de Filología Románica* y catedrático de la Universidad de Estrasburgo, quiso publicar una reseña crítica sobre la *Fonética castellana* de Fernando Araújo, convencido de que en Europa no existía una autoridad lo suficientemente preparada para hacerla, solicitó la colaboración de Lenz.

La fonética (o "fisiología de los sonidos"), una disciplina esencialmente germánica, en boga cuando nuestro sabio salió de Alemania, fue su ciencia preferida. Le dedicó dos estudios: *La fonética* (1892), de carácter teórico, primera publicación en español sobre los últimos resultados en su tiempo de la investigación en este campo, y *Fonética aplicada a la enseñanza de los idiomas vivos* (1892-1894). La definía como "la ciencia de los sonidos en general y la exposición sistemática, la descripción científica de los sonidos de un idioma dado en cierta época" (hoy decimos "fonética sincrónica"), y la distinguía –a la manera de los neogramáticos– de la fonología, como "aquella parte de la gramática histórica que investiga el desarrollo de los sonidos de una lengua" (hoy decimos "fonética diacrónica").

Como su predilecta, no solo consideraba la fonética de gran utilidad teórica para la lingüística, sino que resaltaba también su utilidad práctica "en los servicios incalculables que presta al aprendizaje y la enseñanza de las lenguas vivas". De aquí el segundo de los artículos recién citados. Por esto, como investigador, no solo la utilizó en el estudio del español de Chile, sino igualmente en el de otras lenguas, incluido el mapudungu, y hasta en sus estudios folclóricos, considerando, por cierto, el empleo del alfabeto fonético internacional.

3. EL ARAUCANISTA

Es curioso que a veces una idea falsa pueda producir efectos positivos. Tal vez Bello no habría escrito nunca su gramática magistral si no hubiera creído que con ella contribuía a evitar la fragmentación del español en América, como había ocurrido en Europa con el latín. Del mismo modo es posible que el maestro alemán no hubiera llegado a ser el primer araucanista verdaderamente científico si no hubiera dado por hecho –de acuerdo con las ideas sustrativas adquiridas durante su formación académica– una influencia decisiva del araucano o mapuche en nuestra manera, sobre todo inculta, de pronunciar el español ("para comprender el desarrollo de este lenguaje ["el vulgar de Santiago, desde el punto de vista de la fonética"] tenía [yo] que

conocer el idioma de los indios chilenos"). Así surgieron, para gloria de la lingüística indigenista en Chile, entre varios otros, sus doce *Estudios araucanos* (1895-1897), primera colección de textos en lengua mapuche (hoy más exactamente llamada "mapudungu"), y recogidos científica y pacientemente y con gran talento observador, de boca de "mis queridos indios" –como solía decir– en sus numerosos viajes al Sur de Chile, corazón de la Araucanía, durante sus vacaciones, entre 1891 y 1897, acompañado frecuentemente de su esposa, y costeando personalmente los gastos. Estos textos –obra de un pueblo analfabeto y de escaso desarrollo, pero de gran imaginación– son cuentos, cantos, diálogos o descripciones de diversos aspectos de la cultura mapuche cuyo valor lingüístico reside por una parte en la variedad de dialectos que representan: huilliche, picunche, pehuenche y moluche, y por otra, en la meticulosa transcripción fonética, en la traducción, que –según nos asegura– "es tan literal como lo creía compatible con la inteligibilidad del texto castellano, el cual por eso refleja bastante bien el estilo del araucano" y da "una idea aproximativa de [su] manera de pensar", y, finalmente, en las numerosas observaciones lingüísticas con que los enriqueció. De este modo manifestaba Lenz su interés por la lengua, la literatura y el folclor.

Para valorar mejor este modelo de trabajo –trabajo de campo, decimos hoy–, hay que tener en cuenta que antes de él no existían documentos en legítimo mapuche (y menos transcritos fonéticamente), ya que los textos del padre Luis de Valdivia (1606), del padre Andrés Febrés (1764) y de Bernardo Havestadt (1777) se refieren casi todos a cuestiones ajenas al idioma y pensamiento del indio, y la lengua es descrita de acuerdo con el modelo de la gramática latina, falseándose de esta manera su realidad. Es sabido que los misioneros tenían por ella más interés práctico que teórico, pues la necesitaban para su labor de evangelización.

Esta serie de *Estudios* debía conducir, según el propio Lenz, a la elaboración de una gramática científica de los dialectos mapuches, la que, no obstante su impresionante capacidad de trabajo, lamentablemente nunca vio la luz.

4. EL LEXICÓGRAFO

El conocimiento de esta lengua indígena y en grado menor el de otras, tuvo en Lenz, al menos, una doble repercusión: su interés por investigar (durante veinte años) las voces indias incorporadas al léxi-

co del español de Chile (en un 66% de origen mapuche, y un 30% quechua) para "conocer al pueblo por medio de su vocabulario", y el aprovechamiento de aquella lengua en el enfoque, con un nuevo e importante elemento de juicio, de los problemas que plantea la lingüística general, los que eran considerados muchas veces solo desde el punto de vista de las lenguas indoeuropeas.

El resultado de aquella investigación fue una obra excepcional no solo para Chile –incluso hasta ahora–, sino para todo el mundo hispánico, y una de las mejores de este tipo en el mundo románico: *Los elementos indios del castellano de Chile. Estudio lingüístico y etnológico*, cuya "Primera parte" e infortunadamente única, pues la segunda nunca la escribió, es el *Diccionario etimolójico de las voces chilenas derivadas de lenguas indíjenas americanas* (1904-1910), publicado como anejo de los *Anales de la Universidad de Chile*, donde apareció casi toda su producción intelectual, ya que, fuera de su tesis doctoral, ella se originó en Chile. Según su deseo, este monumento lexicográfico de 1661 artículos y 964 páginas sería el primer aporte para un diccionario científico completo (sin exclusión, por lo tanto, del "vocabulario familiar, vulgar, bajo y jergal", y no contrastivo) del español de Chile, cuya publicación propiciaba y que hoy, a noventa y dos años de distancia, todavía no tenemos.

Obra admirable de todo punto de vista, la del maestro, pues en su elaboración confluyeron el experto indigenista, el lexicógrafo, el etimólogo, el etnolingüista, el dialectólogo y el folclorólogo que había en él. Su estructura se ha constituido en paradigma de lo que debe ser el diccionario etimológico enciclopédico y crítico. No en vano se lo ha considerado como su obra más importante, producto de veinte años de estudios y de más de diez de elaboración, los que, por el exceso de trabajo que le demandó, llegaron hasta a quebrantar su salud. Riquísima en contenido, además de las acepciones de las voces –finamente distinguidas–, de la caracterización sociocultural de estas mismas voces, de sus variantes y derivados, y de las cautelosas etimologías, incluye numerosas descripciones de los objetos culturales que se designan, como asimismo de nuestra flora y fauna, junto con una cantidad impresionante de datos históricos fundados bibliográficamente (en especial en los cronistas), y todo extendido también al español hablado en los demás países de Hispanoamérica, y aun en la Península, con todo el rigor de la dialectología comparada.

Sin embargo, fueron otras dos cosas las que llamaron sorprendentemente la atención de la mayoría de sus colegas chilenos de entonces: primero, que no tuviera el carácter prescriptivo (para cola-

borar con el diccionario mayor de la Real Academia Española de la Lengua), como el que antes (1875), y sobre "chilenismos" en general, había escrito Zorobabel Rodríguez; pues Lenz, plenamente consciente de lo que hacía, dejó sentado con la mayor seriedad que no iba a censurar ninguna palabra chilena, es decir, que su obra era un trabajo científico, puramente descriptivo, y no un tratado de preceptiva idiomática para "hablar correctamente", según cánones apriorísticos y, por lo mismo, casi siempre arbitrarios. Y lo segundo, que incluyera términos de significado sexual o excrementicio, considerados obscenos. Tal fue la virulencia con que se lo combatió en relación con esto último, que incluso se pidió un juicio en su contra y su expulsión de la Universidad por estar pervirtiendo a la juventud, lo que felizmente no prosperó. A mayor abundamiento, vino a reforzar esta crítica el hecho de que se publicara, también en los *Anales de la Universidad de Chile* (1911), unas "adivinanzas picarescas" recogidas por Eliodoro Yáñez, profesor de castellano y miembro entusiasta de la Sociedad de Folclor Chileno, fundada por Lenz, artículo calificado como "torpe, grosero, repugnante, nauseabundo […], un atentado contra la moral". Lenz, sin perder su compostura de científico serio, sin apocarse y sin renunciar a sus convicciones, se defendió –en su doble calidad de autor del *Diccionario etimológico* y de presidente de aquella sociedad– diciendo, entre otras cosas, que "un trabajo científico, por escabroso que sea su tema, nunca puede ser inmoral", y que "a la ciencia no le repugna nada, nada con excepción de la mentira, la hipocresía y la calumnia". Años más tarde va a insistir: "El diccionario debe registrar todo lo que se dice". El famoso romanista de Viena, Adolf Zauner, uno entre los muchos especialistas extranjeros que elogiaron el *Diccionario*, al reseñarlo (1908), junto con afirmar que "es una obra sólida que merece plena confianza y compromete nuestra gratitud", dice, a propósito de los términos controvertidos –cuya investigación avala por su importancia etnológica–, entre otras cosas, que "indudablemente se podrá también [como lo ha hecho Lenz en el español de Chile] en las lenguas románicas reconocer vestigios de la diferencia nacional entre hombres y mujeres, principalmente en las voces que se refieren a la esfera sexual", y que "sería seguramente tarea grata investigar este problema de la influencia femenina en la mezcla de idiomas".

5. EL GRAMÁTICO

La segunda repercusión que el conocimiento del mapudungu tuvo en Lenz, se puede ver en su otra obra fundamental, resultado de muchos

años de docencia gramatical y expresión de su asombrosa capacidad teórica y erudición: *La oración y sus partes* (1920; posteriormente se agregó *Estudios de gramática general y castellana*), con un importante prólogo de Ramón Menéndez Pidal nada menos, padre de la filología y lingüística españolas, a cuya solicitud fue escrita y luego publicada en la importante colección de manuales de la *Revista de Filología Española*, donde su nombre aparece junto con el de Meyer-Lübke, del mismo Menéndez Pidal, de Tomás Navarro, de Pedro Henríquez Ureña y de Federico de Onís, entre otros grandes de la filología románica. En dicho prólogo, Menéndez Pidal afirma muy acertadamente que "en el libro […] el habla local solo entra a título de ejemplo", pues "es esencialmente un libro de gramática general atento a precisar y renovar sobre todo el concepto de las partes de la oración, estudiando el valor sintáctico de cada una". En más de un punto, es una obra original, pensada con gran independencia de juicio y con el dominio de muy diversas lenguas, aunque no siempre se pueda estar de acuerdo con él. "En ciencias no hay autoridades absolutas", "como filólogo únicamente [peso] las razones, sin hacer caso a las autoridades", nos enseñó el propio Lenz. Podría aplicarse a sus teorías gramaticales lo mismo que él dijo de las de Bello: "Querer mantener intactas todas las teorías que estableció don Andrés Bello hace más de medio siglo, sería lo mismo que declarar que la lingüística no ha hecho ningún progreso en todo este tiempo". Destino inevitable de las ciencias.

"No es mi propósito –declaró Lenz– escribir un trabajo sistemático de lingüística general, sino preparar el terreno para un estudio razonable de la gramática en los cursos superiores de la enseñanza secundaria, tomando por base el análisis del idioma patrio, pero aprovechando todas las nociones lingüísticas que tenga el alumno en latín y en lenguas modernas". Lo de "gramática general" y lo de "estudio razonado de la gramática" recuerda la *Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal* (1660), también "destinée à la jeunesse", y como ella, con gran énfasis en el latín (solo que, al revés de esta, la de Lenz no es logicista, pues el autor piensa, como Brunot, que "Si la grammaire est une école médiocre de logique, la logique est une mauvaise maîtresse de grammaire"). Es tal la importancia que atribuye al latín, que confiesa apesadumbrado que nunca dejará de lamentar que, "por desgracia", se lo haya suprimido casi por completo en nuestra instrucción secundaria oficial, pues cree que "es **una barbaridad** [propia de "bárbaros"] que un país de lengua latina deseche por completo, aun para sus futuros literatos, [su] estudio", ya que este –fuera de ser útil como disciplina mental– permite comprender la evolución histórica del español y los abundantes cultismos que sigue recibiendo.

También asegura Lenz, como ilustre representante de la gramática comparada de corte neogramático, que "si no se pueden comparar diferentes lenguas, el estudio detallado de gramática patria tiene […] escasa utilidad". De aquí que en *La oración y sus partes* aluda, además de al latín, a prácticamente todas las lenguas conocidas en su tiempo, y especialmente al francés, al inglés, al alemán y también al mapuche. No hay que olvidar que para él, e inspirado en su maestro Wundt, el fundador de la sicología experimental, el estudio de las lenguas (y en consecuencia el lenguaje) es el mejor medio para conocer la sicología de sus pueblos. De esta manera, en este libro se hace por primera vez un enfoque sicolingüístico de nuestra lengua española. Así se explica que como cotizado crítico de obras científicas para diversas revistas europeas, al comentar el trabajo de algunos lingüistas diga que "solo es de lamentar que estos autores todavía no presten la debida atención al análisis psicológico. Como yo mismo he tenido ocasión de ocuparme en el estudio práctico y teórico de una lengua americana por más de veinticinco años, puedo juzgar por experiencia propia de cuánto se ensancha el horizonte lingüístico con tales conocimientos, y trataré de publicar en breve un análisis psicológico y gramatical de la lengua mapuche, del cual se darán algunas muestras en este trabajo [*La oración y sus partes*]". Ya hemos dicho que este proyecto lamentablemente nunca se concretó.

El interés de Lenz por la gramática no fue solo teórico, especulativo, sino también pedagógico, pues, como ya lo he indicado, ambos intereses no eran en él más que las dos caras de una misma moneda. Para orientar, entonces, a los profesores en la enseñanza de esta materia, publicó tres importantes artículos: *¿Para qué estudiamos gramática?* (1912), verdadero manifiesto, o declaración de principios, sobre qué es la gramática y cuándo, cómo y para qué se la debe enseñar; *La enseñanza del castellano y la reforma de la gramática* (1920), e insistiendo en sus puntos de vista, *La reforma de la gramática* (1924), todos con vistas a una revisión de los programas de castellano de la enseñanza secundaria "para poner[los] de acuerdo con los progresos de la lingüística general".

Cuando en 1895 se hizo cargo de la cátedra entonces llamada "Castellano", consiguió que este nombre fuera cambiado por el de "Lingüística castellana" –la primera en el mundo hispánico así denominada–, pues, según su explicación, "siguiendo el modelo que [sólo tres años antes] Henry Sweet había dado a su fundamental obra *A New English Grammar Logical and Historical* (Oxford, 1892), quería presentar la gramática castellana desde el punto de vista de la

lingüística general y de la gramática filosófica moderna", esto es, como una filosofía y una ciencia. Muchas veces insistirá Lenz en este principio básico con el cual funda en Chile –y para todo el mundo de habla española– la gramática científica del español, en abierta oposición a la "gramática normativa" (prescriptiva), imperante sin contrapeso hasta entonces. Puesto que la gramática propiamente tal "es la ciencia que expone las leyes generales que rigen la estructura de un idioma", "están equivocados los autores de la Gramática Reformada [de la Academia Española, 1917] en que todavía mantengan la antigua definición "gramática es el arte de hablar y escribir correctamente". "La exposición teórica y sistemática de los principios de un **arte** no debe llamarse arte, sino **ciencia**".

La gramática castellana la define igualmente como "el análisis científico de los medios de que se sirven los que hablan castellano para formar frases, comunicaciones, con las palabras, que expresan los conceptos de toda la civilización moderna", y su estudio "no puede tener más elevado propósito que el de hacer ver al alumno cómo se refleja la lógica general del pensamiento humano en un lenguaje determinado", "de dar al hombre culto una idea clara de lo más sublime que distingue al hombre de otros seres: del mecanismo del pensamiento y de su comunicación. Con esto explica también en qué se distingue la manera de expresar los pensamientos de una nación de la de otras". Así, "una clase de gramática tendrá el mismo valor formal que una clase de matemáticas: enseñará a pensar bien, fin primordial de toda enseñanza escolar, más importante que las nociones de los hechos que se adquieren junto con ello". Principio este que, según los que tuvieron la suerte de ser sus alumnos, en su cátedra, amena, dinámica y fecunda, predicaba con el ejemplo, impartiendo una enseñanza antidogmática y con agudo espíritu crítico, la que no siempre fue bien comprendida por quienes no estaban acostumbrados a pensar por sí mismos, hallándola funesta, pues suponían que ella iba a terminar destruyendo la lengua española en Chile.

Pero esto nada tiene que ver con el aprendizaje de la lengua materna, tarea fundamental en la enseñanza primaria y secundaria: la "teoría de la lengua" –en su opinión– no sirve para aprender a hablar la lengua materna, pues la hablamos y escribimos mal "a pesar de los gramáticos, de las gramáticas y de la enseñanza gramatical". "El aprendizaje del idioma, tanto del lenguaje natural de la conversación, que todo niño aprende de sus padres en los primeros seis o siete años de su vida, como la lengua común, literaria y hablada en todos los

colegios primarios y secundarios, se consigue únicamente por ejercicios constantes, y no por reglas gramaticales". Por esto, y no obstante que la gramática académica reformada es "obra de un mérito extraordinario tanto por el caudal de observaciones de la lengua castellana desde los tiempos clásicos hasta nuestros días como por la exposición sistemática de los materiales", y ser la del "inmortal Bello" "el compendio más completo y más concienzudo que existe respecto a la gramática moderna de la lengua española", y ambas, por lo mismo, eje principal de su cátedra, no siendo prácticas, "no fueron ni serán jamás textos adecuados para la enseñanza secundaria ni, mucho menos, para la primaria. La práctica de las artes (hablar y escribir bien es un arte, lo mismo que lo es cantar, tocar instrumentos de música, pintar, etc.) se aprende por el ejercicio". La gramática que requieren los estudiantes es un mínimo: "En los primeros años el niño aprenderá a manejar las denominaciones gramaticales como medio para ordenar exteriormente los fenómenos generales del lenguaje, aunque las verdaderas definiciones científicas no se puedan dar todavía". "No se olvide que análisis de la lengua quiere decir análisis del pensamiento humano, y ¿quién se atrevería a hacer una clase de lógica o de psicología a niños de […] corta edad?". A los años superiores corresponderá la materia más elevada y difícil de la enseñanza escolar y secundaria: la de hacer comprender al niño lo más sublime y a la vez lo más difícil de todos los conocimientos: las funciones del alma humana". Es claro que Wundt sigue estando presente.

Se trata, en suma, de distinguir entre **enseñanza (práctica) de la lengua**, misión ineludible de la escuela y el liceo, y **enseñanza (teórica) de la gramática**, misión propia más bien de la universidad.

El hecho de que Lenz, como profesor universitario y como escritor, se ocupara especialmente de la gramática entendida como la "teoría de un idioma", no significa que no se interesara por el problema de la corrección lingüística, preocupación principal de los cultores de la llamada "gramática preceptiva", como la académica. Es sabido que esta intenta corregir todo lo que no corresponde a la "norma culta formal", y sobre todo, la manera de hablar del "huaso" y del "roto". Ante esto, Lenz reacciona, no sin cierta dosis de apasionamiento, declarando literalmente que cree que "no es nunca el pueblo el que corrompe la lengua, aunque introduzca vocablos vulgares para enriquecer el vocabulario académico (como lo hizo Victor Hugo en francés)". Y explica: "Cambios que entran desde abajo, son siempre conformes al genio de la lengua. Verdadera corrupción puede solo

venir cuando los que se creen con el derecho de gobernar la lengua, quieren imponerle sus caprichos como 'reglas de la gramática'", basadas muchas veces en la lógica o en la gramática latina. Pues bien, correcto no es lo que estas piden, sino todo lo que el uso común ha aceptado, como ya lo habían afirmado Bello y Cuervo en relación con el español de América. Contra el criterio logicista, nos recuerda que todas las lenguas están llenas de los absurdos lógicos más extraños.

Con estas ideas, y ante el fetichismo de muchos chilenos contemporáneos de Lenz –y aun nuestros– por los dictámenes de la Real Academia Española expresados en su gramática y en sus diccionarios normativos, no puede extrañarnos que cuando llegó a Chile le chocara ver que en la oficina del Instituto Pedagógico hubiera un ejemplar del diccionario mayor académico que era consultado con frecuencia por los empleados y los profesores chilenos. Y se pregunta: ¿Qué buscaban ahí? A veces no era más que la correcta ortografía; pero otras, se trataba de discusiones sobre la cuestión de si tal o cual palabra era buena, castiza, o si era un **vicio de lenguaje** porque no aparecía en dicho diccionario, considerado como oficial. Claro, en Alemania nunca había visto que un hombre culto, a no ser que fuera un filólogo germanista, recurriera a un diccionario de la lengua alemana. La explicación es que no existe en Alemania una academia para fijar la lengua literaria oficial, de donde no puede inferirse que, por lo mismo, todos los alemanes hablen y escriban mal el alemán, ya que "las lenguas no obedecen a reglas impuestas por los hombres, sino que se han formado y siguen desarrollándose inconscientemente, tanto en su gramática como en su vocabulario". Y en Francia –continúa enseñándonos–, donde sí existe tal institución, "a nadie [se le] ocurriría creer que [su] opinión sea la única autorizada en materias literarias y lingüísticas, técnicas o prácticas. La voz de un Littré, un Gaston Paris y de otros corifeos de la ciencia moderna solos, tiene más autoridad que todo el docto Cuerpo en conjunto". Entonces, ¿cuál ha de ser la actitud del profesor en materia de corrección idiomática? Bueno, a juicio de nuestro autor, "no debe olvidar que todo el lenguaje efectivamente usado por una comunidad étnica dentro de su esfera tiene su derecho de existir y *es correcto* –como afirma también Sweet. Si se quiere criticar el uso de una forma dialectal chilena en medio de un discurso que pretende darse como castellano literario, dígase 'los buenos autores no usan tal forma' y basta. *Hubieron fiestas* no es más antigramatical ni más antilógico que *hicieron grandes calores*. La única diferencia es que esta frase se encuentra en Cervantes y otros buenos autores, y aquella no. Desde

el día en que la mayoría de la gente culta prefiere cierta construcción nueva a la antigua, la nueva cesa de ser incorrecta y la otra tal vez pasa a ser arcaísmo".

6. EL ORTÓGRAFO[1]

Lenz se ocupa también de la ortografía, tomando partido en una larga polémica sobre reforma ortográfica del español, estimulada en América por Bello desde comienzos del siglo pasado. Al respecto escribió tres trabajos (1894): *Observaciones sobre la ortografía castellana, De la ortografía castellana* (publicados ambos también en un volumen) y *Apuntaciones para un texto de ortología y ortografía de la lengua castellana*. Razonando con esa claridad de juicio que lo caracterizaba, suscribe que "la escritura no debe ser más que la expresión gráfica, visible de la palabra hablada; para este fin se ha inventado, y no para lucir conocimientos científicos etimológicos". Y esta palabra hablada "solo [con] la pronunciación cuidada al estilo elevado" ("conforme al buen uso, que es el de la gente educada", decía Bello). Por esto, "la ortografía ideal tiene que ser una ortografía fonética, en la cual **a cada sonido corresponda un solo signo gráfico, y a cada signo gráfico, un solo sonido pronunciado**". Hoy llamamos a la misma, con más propiedad, "ortografía fonemática", en la cual fonema y grafema están en relación biunívoca. Lenz, en el año en que hablaba de ortografía fonética (1894), todavía no conocía la fonología como teoría funcional de los sonidos del habla, pues la obra pionera de Baudouin de Courtenay, escrita en polaco (1894), solo se tradujo al alemán un año después. Sin embargo, aunque Lenz no usara entonces el término "fonema" (acuñado, con posterioridad, probablemente por el lingüista suizo F. de Saussure), tenía claro el concepto, pues hablaba de "sonido distintivo", es decir, "sonido cuyo reemplazo por otro variaría posiblemente el sentido de la palabra"; ni más ni menos que lo que en fonología enseñamos hoy día. En esto se hizo eco de la genial diferencia que el dialectólogo también suizo J. Winteler había hecho, el primero (1876), entre sonido distintivo (hoy "fonema") y sonido no distintivo (hoy "alófono").

Ahora bien, puesto que "los lingüistas de todo el mundo dan la preferencia a las ortografías fonéticas [fonemáticas], los pedagogos

[1] Capítulo que dedico a la memoria de Lidia Contreras, quien sin duda lo habría elaborado mejor que yo.

tienen que ser de la misma opinión, vista la mayor facilidad de estas". "Lo único que quedaría en duda es si no será preferible para la escritura ideal del porvenir que todas las letras fonéticas [las de la ortografía fonemática] tengan un mismo valor esencial para todas las lenguas". Está proponiendo, pues, una ortografía fonemática universal para escribir corrientemente todas las lenguas, como se hace para la transcripción científica con el alfabeto fonético internacional.

Con respecto a la llamada "ortografía chilena", en boga en tiempos de Lenz, basada primero en las ideas reformistas de Bello y luego en las de Francisco Puente y Sarmiento, asegura que "es mucho más científica, lógica y fácil que la de la Real Academia Española"; por lo tanto, no ve "ninguna razón para abandonar el buen uso general de Chile en favor del malo de España". "Sobre todo para la instrucción primaria de Chile, equivale la conservación de la ortografía de Bello al ahorro de muchas horas de enseñanza que se gastarían en aprender cuándo se debe escribir *ge, gi*, y cuándo *je, ji*, y en qué palabras la pronunciación efectiva *est, esp,* etc., deberá escribirse con *x* en vez de *s*", sin olvidar lo que ocurre con la *h,* "que es completamente superflua […] y no sirve más que para hacer difícil la ortografía". Así, pues, "no sería injusto, tiránico, sino razonable y lógico, que el gobierno de la República impusiera como norma invariable a todos los establecimientos de enseñanza pública la conservación de la ortografía americana". Y termina: "Espero que la Academia siga acercándose a la ortografía 'chilena', como tarde o temprano tendrá que hacerlo por la fuerza irresistible del progreso", pues "esta ortografía americana es […] un progreso en el camino de la reforma ortográfica; sería casi un suicidio de la razón si diéramos un paso atrás". Y aunque parezca increíble, se dio el paso atrás, y se consumó el suicidio. Esto ocurrió el 12 de octubre de 1927, cuando nuestras autoridades educacionales impusieron por ley la ortografía académica en homenaje a la "Madre Patria". ¿Habrá otra oportunidad? Entonces podría cumplirse la esperanza de Lenz de "que quepa a Chile la gloria de haber indicado al mundo castellano cómo debe hacerse racional y razonablemente la reforma de la ortografía".

7. EL METODÓLOGO

Consecuente con su interés por las lenguas modernas (incluido por cierto el español), desde su llegada a Chile se ocupó de la manera de enseñarlas, y con tal competencia que Valentín Letelier aseguraba

que si bien, en su tiempo, había unos pocos que conocían el español tan a fondo como Lenz, no había ninguno, absolutamente ninguno que pudiera competir con él en la metodología de su enseñanza.

Sobre el tema publicó, además de *La enseñanza del castellano y la reforma de la gramática*, que ya mencioné, tres artículos que muestran claramente su doctrina siguiendo las pautas alemanas, como las del filósofo y pedagogo J. F. Herbart: *Metodología para la enseñanza inductiva del francés* (1893-1894), *Enseñanza de idiomas extranjeros (francés, inglés, alemán)* (1893) y *Sobre el estudio de idiomas. Carta al Señor don Julio Saavedra Molina* (1919).

Para él, "el objetivo de la enseñanza de idiomas vivos es práctico; consiste en la adquisición de conocimientos que sean suficientes para entender un libro, un discurso o una conversación en una lengua extranjera y para expresar ideas propias sobre los asuntos ordinarios de todos los días, clara e inteligiblemente tanto por la letra escrita como por la viva voz", hasta que "aprenda a pensar en la lengua extranjera". Por lo mismo, debe enseñarse, junto con "el grado más formal de la lengua literaria, la pronunciación ligera del estilo familiar".

Ya es tiempo, pues –dice– de "sustituir la enseñanza teórica, artificial, pedantesca y empalagosa [la gramatical]" imperante entonces, "por otra esencialmente práctica, natural, viva e interesante". Y para esto, nada más adecuado que la utilización, junto a la del método inductivo, en que "el niño mismo indague las leyes y reglas de la lengua", la del "método natural", el "método directo", "según el cual cada niño aprende su lengua materna". Esto quiere decir que el profesor debe hacer sus clases en la lengua extranjera. Es cierto que, a falta de profesor, si bien la gramática no sirve para aprender a **hablar** tal lengua, puede ser de gran ayuda a una persona adulta para aprender a **leerla y escribirla**.

Al final, la prédica de Lenz, perseverante, fervorosa y llena de fe en los valores de la ciencia, dio sus frutos, ya que "Chile –nos asegura– mostró el rumbo al mundo entero, pues ha sido el primer país que ha prescrito oficialmente este método como obligatorio para la enseñanza escolar", "mientras en Alemania y en Francia sus partidarios tuvieron que seguir luchando durante muchos años contra la rutina del antiguo sistema gramatical".

Pero no contento Lenz con sus solas disquisiciones teóricas, se dedicó con inusitado interés también a la elaboración de planes y programas tanto para la docencia del español como de la del francés, inglés y alemán. Sus cargos de rector del Liceo de Aplicación de Hombres, director del Instituto Pedagógico y visitador de liceos,

unidos a su indiscutible prestigio intelectual y al apoyo de las autoridades, favorecieron indudablemente su aplicación. De este modo produjo una profunda transformación en nuestros métodos idiomáticos de enseñanza secundaria y, con ella, un efectivo progreso, que en más de un aspecto traspasó las fronteras de nuestro país.

8. EL CIENTÍFICO COMPULSIVO

El interés verdaderamente obsesivo de Lenz por los idiomas lo lleva al extremo de aprovechar, en 1921, un viaje a Alemania para estudiar, durante la travesía, una lengua criolla de base afroportuguesa que "descubrió" en el barco (holandés) al trabar amistad con el segundo cocinero: el **papiamento**. Por entonces, el insigne maestro había cumplido treinta años de servicios ininterrumpidos como profesor del Instituto Pedagógico, por lo cual el gobierno de Chile le concedió una licencia por un año a fin de que, por primera vez después de estos tres decenios, pudiera visitar a sus parientes, lo que hizo en poco tiempo, pues prefirió permanecer mayormente en España. Aquí conseguiría, al fin, las vivencias de la lengua española peninsular, que no tenía cuando llegó a Chile, y tomaría contacto con diversos colegas –como lo había hecho ya en Alemania– para profundizar en el conocimiento de su nueva lengua. Resultado de sus indagaciones fue un volumen de 341 páginas titulado *El papiamento, la lengua criolla de Curazao. La gramática más sencilla* (1928), de interés tanto lingüístico como folclórico. En su opinión, si se acepta la afirmación de Jespersen según la cual "ocupa el rango más alto aquel idioma que va más lejos en el arte de hacer mucho con pocos medios, o, en otras palabras, el que puede, con el mecanismo más sencillo, expresar la mayor cantidad de ideas", el papiamento es una de las lenguas más perfectas del mundo. Como lingüista y filólogo, lo que más le llamó la atención a Lenz fue el hecho de cómo le puede bastar a una lengua de alta cultura (pues tal es el papiamento) el sistema gramatical más sencillo sin ninguna variación morfológica.

Admirable ejemplo de vocación lingüística y de curiosidad científica el aprovechar sus vacaciones para estudiar una lengua, como lo había hecho repetidamente con el mapuche.

Ante tan inmensa labor en bien de la filología, la lingüística, la gramática y el folclor, que debido a él comienzan en Chile –y en Hispanoamérica– a ser disciplinas científicas –una verdadera revolución–, y en bien de la metodología para la enseñanza-aprendizaje del español y de lenguas extranjeras, que también revolucionaría lo que

entonces equivocadamente se hacía en Chile, no podemos por menos que rendirle nuestro más cálido tributo de agradecimiento y admiración. No en vano llegó a ser además otro chileno entre nosotros, empeñándose en conocernos en profundidad, y en comprender y desarrollar nuestra cultura, con verdadero cariño, y hasta su muerte, durante la mayor parte de su vida ejemplar[2].

---

[2] Debido a la gran cantidad de citas, decidí prescindir en ellas de referencias bibliográficas precisas para permitir una lectura más fluida. Fuera, obviamente, de las obras de Lenz, me fueron muy útiles las siguientes publicaciones: Amado Alonso, 1940, "Rodolfo Lenz y la dialectología hispanoamericana", en Amado Alonso y Raimundo Lida (eds.), *El español en Chile,* Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, t. Vl, Buenos Aires, Instituto de Filología, pp. 269-278, y "La interpretación araucana de Lenz para la pronunciación chilena", *ibíd*., pp. 279-289; Eduardo de la Barra, 1899, *El embrujamiento alemán*, Santiago, Establecimiento Poligráfico Roma: "Los profesores alemanes. Hechos contra palabras. Lenz", pp. 97-107, y "Un auxilio inesperado. La transcripción fonética", pp. 175-183; Américo Castro, 1924, "Épocas principales de la historia de la lengua española", en *Conferencias dadas en el salón de honor de la Universidad [de Chile] en 1923,* Santiago, Impr. y Lit. Universo, pp. 10 y 11; Alfonso M. Escudero, 1963, "Rodolfo Lenz", *Thesaurus, BICC* [Bogotá], XVIII, 2: 445-484. Contiene abundante bibliografía periodística; José del C. Gutiérrez, 1920, *Datos para una biografía del Dr. Rodolfo Lenz*, Santiago, Impr. Santiago; *Homenaje a la memoria del Dr. Rodolfo Lenz*, 1938, *Anales de la Facultad de Filosofía y Educación*, Universidad de Chile [Santiago], Sección de Filología, t. II, cdno. 1, 1937-1938: Carlos Vicuña, "El doctor don Rodolfo Lenz (Semblanza de un maestro)", pp. 7-10; Amado Alonso, "Rodolfo Lenz y la fonética del castellano", pp. 11 -17; Roberto Vilches, "Bibliografía de las publicaciones científicas y pedagógicas del Dr. Rodolfo Lenz", pp. 160-169. Rodolfo Oroz, 1933, "Discurso de recepción [del Dr. Rodolfo Lenz como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación], *Anales de la Universidad de Chile* [Santiago] (*AUCh*), XCI, 10: 25-30; Guillermo Rojas Carrasco, 1940, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica,* Santiago, Impr. y Lit. Universo, *passim*; Leopoldo Sáez, 1969, "Los estudios sobre el lenguaje en los *Anales de la Universidad de Chile* (1843-1969)", *AUCh* [Santiago], CXXVII, 149: 5-280, *passim*; bibliografía comentada; Adalberto Salas, 1966, "Rodolfo Lenz. Semblanza de un lingüista", *Stylo* [Temuco], 2: 87-98; Günther Schütz, 1976, "Correspondencia de Rufino José Cuervo con Rodolfo Lenz", en *Epistolario de Rufino José Cuervo con filólogos de Alemania, Austria y Suiza*, t. l, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, pp. 499-559; Emilio Vaïsse (Omer Emeth), 1940, "Rodolfo Lenz", en *Estudios críticos de literatura chilena*, Santiago. Nascimento, pp. 339-373.